

Capítulo 5



Guiaré a mi familia para que seamos buenos miembros de iglesia

Se llamaba Roberto.

Murió hace unos años, pero si influyó en otras personas tanto como lo hizo en mí, este hombre relativamente desconocido y callado cambió el mundo.

Roberto siempre parecía estar en la iglesia. Me consta que algunos van al templo cada vez que se abren las puertas, por obligación o porque si no lo hicieran se sentirían culpables. Pero Roberto no era así. Siempre estaba alegre, siempre dispuesto a servir, siempre amable. Era evidente que amaba servir en la iglesia.

Lo mismo se podría decir de su esposa y sus dos hijos. Ellos también parecían amar a la iglesia y alegrarse de poder servir. Toda la familia era... pues, diferente. Pero distinta en el buen sentido... no sé si me entienden.

Yo era un joven hombre de negocios, de unos veinte y tantos años. Hacía tres años que me había casado y acababa de ser padre. La paternidad me cayó encima como una tonelada de ladrillos. Quería ser un buen esposo y un buen padre. Eso significaba participar en la iglesia, de verdad.

En aquel momento no lo sabía, pero Roberto me estaba observando. Estaba preocupado por mí. Le encantaba mi entusiasmo juvenil, pero sabía lo que me esperaba. Cuanto más participara, más vería las imperfecciones de la iglesia, el pastor, el personal y los demás miembros. Roberto conocía el proceso, lo había visto varias veces. Entusiasmarse con la iglesia. Participar más activamente. Descubrir las imperfecciones de la congregación. Desanimarse. Dejar la iglesia.

Roberto me tomó bajo sus alas. Cuando comenzaba a irritarme, frustrarme o desanimarme por algo que había sucedido en la iglesia, él venía a hablar conmigo. Me explicaba que ninguna congregación es perfecta. Ningún pastor es perfecto. Ningún miembro de iglesia es perfecto. Entonces, me recordaba cariñosamente que yo también distaba mucho de la perfección.

Me explicó que debíamos descubrir el gozo de servir a la iglesia y a quienes pertenecen a ella. No se trataba de ver qué podíamos obtener de la congregación. Pertenecíamos allí para servir y cuidar a los demás. Nuestra perspectiva debería estar siempre en dar, no en recibir. Y si alguien llegaba a defraudarnos o nos hacía sentir frustrados,

entonces Dios nos recordaba que debíamos orar por esa persona.

Roberto me mostró que nunca alcanzaríamos la perfección de Cristo, pero que podíamos procurar asemejarnos a Él. Me recordó que Jesús murió en la cruz para salvar a los que se rebelaron contra Él. Por lo tanto, deberíamos ser capaces de amar justamente a quienes parecen más imposibles de amar en nuestra iglesia.

Gracias a la paciente enseñanza bíblica de este hombre, aprendí a amar a la iglesia local. Aprendí a amar a la gente, a pesar de sus imperfecciones. Roberto me enseñó a ver «la viga» en mi ojo (mis propias imperfecciones) antes de juzgar «la paja» en el ojo ajeno (Mat. 7:3-5).

Ojalá mis propios padres me hubieran enseñado a amar a la congregación local. Pero Roberto fue un gran padre espiritual para mí.

Sus dos hijos son adultos hoy y, por supuesto, sirven en sus iglesias locales y las aman, igual que su padre.

Al fin de cuentas, les enseñó bien.

La iglesia y la familia

No debería sorprendernos la analogía de la Escritura entre las familias y la iglesia. Pablo escribió en Efesios 5:22-26: «Ustedes, las casadas, honren a sus propios esposos, como honran al Señor; porque el esposo es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así como la iglesia honra a Cristo, así también las casadas deben honrar a sus esposos en todo. Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla. Él la purificó en el lavamiento del agua por la palabra».

Más adelante, el apóstol aclara la relación entre la iglesia y la familia: «Grande es este misterio; pero yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo; y ustedes, las esposas, honren a sus esposos» (vv. 32-33).

El texto bíblico que continúa en Efesios 6:1-4, trata el tema de los padres y sus hijos: «Hijos, obedezcan a sus padres en el nombre del Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y tengas una larga vida sobre la tierra. Ustedes, los padres, no exasperen a sus hijos, sino edúquenlos en la disciplina y la instrucción del Señor».

Estos pasajes nos recuerdan que, así como se supone que debemos sacrificarnos incondicionalmente por nuestras familias y amarlas, también debemos amar a la iglesia donde Dios nos haya puesto. Los integrantes de nuestra familia no son perfectos; los miembros de la iglesia, tampoco. Debemos gozarnos en servir tanto a nuestras familias como a la congregación.

Estos pasajes también nos recuerdan la importancia de la familia para la iglesia. Debemos alentar a toda la familia a ser fiel a la iglesia. Deberíamos orar en familia por nuestras iglesias. En realidad, así como nos empeñamos en amar a nuestras familias, deberíamos exhortar a cada miembro a amar intensamente a la iglesia.

La familia unida en oración por la iglesia

Una de las muchas lecciones que aprendí de Roberto fue la de reunir a mi familia para orar por la iglesia. Conforme a la dirección de Roberto, aprendí a orar por el liderazgo de la iglesia para pedir:

- protección espiritual
- protección para no caer en inmoralidad
- por la predicación de la Palabra
- por sus familias
- ánimo
- fortaleza física
- valor
- discernimiento
- sabiduría en la conducción de la iglesia

A medida que mi familia crecía, seguimos el modelo que Roberto me había enseñado. Mientras orábamos juntos por nuestra iglesia, mis tres hijos crecieron amándola. No eran ciegos a los problemas y desafíos que conlleva cualquier grupo humano congregado. Sin embargo, aprendieron a amar incondicionalmente a las personas. Así aprendieron a amar a la iglesia.

Ser miembro de una congregación nos brinda la oportunidad y el honor de enseñar a nuestra familia a amar a la iglesia. Esa instrucción comienza a menudo cuando la familia se reúne para orar por la iglesia donde Dios nos ha puesto.

La familia unida para adorar

Como miembro de iglesia, soy responsable de animar y conducir a mi familia a adorar juntos en la congregación. Si estoy casado, procuro incluir a mi esposa. Si soy padre, deseo incluir a mis hijos. Mi familia debe ver que amo a la iglesia.

Muchos miembros de la congregación son solteros. No tienen ningún familiar cercano con quien adorar. No obstante, aun hay personas que los observan y ven su amor por la iglesia. Deben ser ejemplo.

La situación es especialmente delicada cuando un miembro de la iglesia tiene un familiar que no es creyente, o que no pertenece a la congregación. El apóstol Pablo abordó el tema del divorcio y la separación en 1 Corintios 7. En esencia, instruyó al creyente que nunca debería tomar la iniciativa de dejar al cónyuge incrédulo (vv. 10-13).

Pablo explicó una de las principales razones de esta exhortación: el esposo o la esposa creyente es un testimonio de Cristo al incrédulo y a sus hijos. Lee las palabras del apóstol en 1 Corintios 7:14: «Porque el esposo no creyente es santificado en su esposa, y la esposa no creyente es santificada en su esposo. Si así no fuera, los hijos de ustedes serían impuros, mientras que ahora son santos».

Ser creyente en una familia incrédula puede producir soledad. Uno también se puede sentir solo al ir a la iglesia y adorar, mientras el cónyuge se queda en casa. Sin embargo, Dios les ha dado a estas personas un campo misionero: sus familias. Como el misionero que viaja miles y miles de kilómetros para llevar la buena nueva a un pueblo que no conoce el evangelio, esta persona ha sido llamada para llevar la buena noticia a su propio hogar.

En la mayoría de los casos, la persona creyente es la esposa. Lo sepa o no, su esposo la observa atentamente. La respuesta de ella repercutirá en su testimonio. Su amor por la iglesia y los miembros de su congregación afectará a su esposo. La persona piadosa puede ser un factor clave en llevar al cónyuge incrédulo a Cristo. Esa consagración a menudo se manifiesta en el amor que el creyente siente por la iglesia.

Perdidamente enamorado de la esposa de Cristo

Como miembro de iglesia, no debo limitarme a querer o servir bien a mi congregación. Debo enamorarme perdidamente de ella. Jesús es el esposo y la Iglesia es la esposa. Mi compromiso es amarla con amor inalterable e incondicional.

Amar sin condiciones no siempre es fácil. Cuando alguien es perfecto y satisface todas nuestras necesidades aparentes, es fácil pensar que lo amamos. Pero es un amor unilateral. Lo único que importa soy yo y mis necesidades. El amor incondicional, en cambio, no depende de la respuesta. Significa que mi amor por la iglesia aumentará aun cuando no esté de acuerdo con algo o tenga que tratar con gente desagradable.

A medida que me enamoro más de mi congregación, haré todo lo posible, con el poder de Dios, para que mi familia me acompañe. Oraremos juntos por los líderes de la iglesia. Adoraremos juntos. Serviremos juntos.

Si nuestra familia se desanima o se siente insatisfecha en nuestra iglesia, nos recordaremos que el amor incondicional no siempre es fácil. Y que una persona fue el ejemplo perfecto del amor incondicional: Jesús. Él nos ama a pesar de nuestros pecados e insuficiencias, y murió en la cruz por nosotros.

«Pero Dios muestra su amor por nosotros en que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:8).

La quinta promesa

La iglesia es una familia.

También tenemos nuestras propias familias; algunas más saludables que otras. El quinto compromiso reconoce la importancia de la familia inmediata para apoyar y amar a la familia de la iglesia.

Es el compromiso de hacer que toda tu familia ame a su congregación. Si los miembros de tu familia son creyentes y pertenecen a la iglesia, procuren orar y adorar juntos. Si hay incrédulos en tu familia, intenta demostrar un profundo amor por la iglesia de Cristo. Esto podría influir en ellos y atraerlos al Señor. Si eres soltero y vives solo, ten la certeza de que también hay personas que te observan. Cómo amas a tu igle-

sia podría tener un impacto espiritual significativo en esas vidas.

La quinta promesa

Yo soy miembro de una iglesia.

Guiaré a mi familia para que ellos también sean buenos miembros de la iglesia. Oraremos juntos por nuestra congregación. Adoraremos juntos allí. Serviremos juntos en nuestra iglesia. Le pediremos a Cristo que nos ayude a enamorarnos más de la Iglesia, porque Él entregó Su vida por ella.

Firma y fecha

Preguntas de estudio

1. ¿Cómo se aplica la enseñanza bíblica de la viga y la paja (Mateo 7) a los miembros de iglesia?
2. ¿Qué relación hay entre nuestra familia inmediata y la familia comunitaria de la iglesia? ¿Qué textos bíblicos hacen esta conexión?
3. ¿Qué papel desempeña el cónyuge creyente en la relación con el no creyente? ¿Cómo se manifiesta en su condición de miembro de iglesia?
4. ¿Por qué es todo un desafío el amor incondicional, especialmente en lo que atañe a ser miembro de una iglesia?
5. ¿Por qué deberíamos tomar la muerte de Cristo en la cruz como ejemplo de la relación que debería haber entre los miembros de una iglesia?